

Borges o la revelación que nunca llega

CLAUDIO MAGRIS '83

Ciudad de México

De Borges aprendimos, para siempre, que el tiempo, como él ha escrito, es un río que nos arrastra, pero también que somos nosotros ese río. Tal vez ni siquiera de esta verdad sabremos hacer uso para que de algún modo nos ayude. La vida, ha dicho Borges, le da a cada uno todo, pero casi todos lo ignoran.

Si el mundo se hubiera acabado y fuera necesario dedicarle una velada de celebración, según la costumbre de los círculos literarios de provincia que invitan a ilustres conferenciantes a conmemorar las glorias locales lentamente resquebrajadas por el olvido, no se encontraría a nadie más adecuado que Borges para evocar, frente a un público ceremonioso, ese mundo desaparecido, su variada superficie de quinientos diez millones de kilómetros cuadrados cubierta en un setenta por ciento por extensiones de agua muy ricas en sales, que los hombres, recordaría el persuasivo orador, solían llamar genéricamente mar o, en ciertos casos, no sin énfasis, océano. La obra de Borges, que no se cansa de enumerar los mudables objetos y las innumerables formas de la realidad, es un conmovedor catálogo del mundo, un intento por apoderarse de la fugaz multiplicidad de la vida encerrándola en la concisa precisión de una voz de enciclopedia. Pero el mundo, en las páginas de Borges, se evade a la acrobacia de palabras que pretenden aferrarlo; está siempre en otra parte, fuera de la página, así como toda realidad está siempre fuera del salón de conferencias en el que se la ilustra y conmemora.

Las palabras de Borges hablan de la nostalgia por la vida que ellas mismas persiguen; en una poesía dedicada al abuelo, el coronel Francisco Borges celebrado en las memorias familiares y en la historia argentina, éste se aleja en su caballo, inaccesible al verso que quisiera apresar su secreto, así como el poema sobre el tigre consigue tan sólo, con sus rimas y con sus figuras retóricas, dibujar un tigre de papel, pero no alcanzar el otro tigre, ese que se agazapa en medio de la selva, fuera de todo verso.

Borges, presumiblemente, desearía que su obra fuera un Arca de Noé, colmada de vida arrebatada a la destrucción y ordenada como las parejas de animales escogidas para representar y continuar la variedad de la naturaleza; interprete y víctima de la ausencia moderna, Borges debe en cambio resignarse a ser como ese mapa del imperio por él narrado en una parábola, que reproduce fielmente la tierra y a ella se adhiere con exactitud, pero que al final es despedazado por el viento. Los conjurados que, en un cuento, desean organizar un parlamento mundial que represente a todos los hombres y toda la realidad, se dan cuenta de que el único parlamento del mundo sería el mundo mismo en el imprevisible fluir de sus fugaces cosas, que ningún símbolo o representante puede sustituir en su singularidad sin que las cosas pierdan su propia esencia.

Borges es el gran poeta de la melancolía del papel, consciente de la aridez que se esconde en la vanagloria de las palabras; no es el escritor de la mentira y del artificio que se han inventado los literatos italianos, los cuales han difundido un culto desorientador. Borges, que en un ensayo sobre la antigua poesía escandinava comparte los sofisticados funambulismos verbales en que él mismo cae en algunas páginas suyas de tortuosa banalidad, conoce esa poesía de la sencillez elemental que supera al individuo para identificarse con la realidad de cada uno; su página es grande cuando se detiene, comprimiendo lo esencial de una historia o de una vida en pocas líneas, en la caída lenta y poderosa de la lluvia, en la luz de un atardecer, en el aproximarse del sueño, en la sombra terna y profunda de la casa natia, en la valentía y en la lealtad, en la frescura del agua

que alegría, tal como lo hace en su espléndido relato, la busca de Averroes.

Claro que Borges, artista innovador que quisiera insertarse fácilmente en el surco conservador de su tradición familiar y de la vieja civilización europea, advierte ante todo en sí mismo cómo el individuo se ha exiliado de aquella épica familiaridad con el ritual de la existencia, la ambigüedad moderna que impide radicarnos en la plenitud de la vida y obliga al escritor contemporáneo a extrañarse y a falsificar. El sabe que su obra no es la vida, sino sólo un censo que a su vez se inserta, mínimo e inquietante, en la vida misma, como sucede en la biblioteca de Babel que contiene

el propio catálogo, el cual registra incluso los innumerables catálogos falsos entre los cuales él mismo está —así sea erróneamente— señalado, según la paradoja matemática de la clase que comprende entre sus elementos también la clase que a su vez la abraza. Cada cuento de Borges es, a la par con su país imaginario Tlön, una voz equivocada que se añade traicioneramente a la enciclopedia británica, la cual poco a poco insinúa sus propias ficciones en la realidad para hacerla resbalar hacia la irrealidad. Consciente de la índole cartacea de su pasión, Borges busca a veces superar con la exaltación, incluso con una excitada admiración de la violencia y de la cruel

dad, su propia exangüe constitución vital. Una sequía espiritual parece haber secado en él las líneas del deseo erótico, transfiriendo su intensidad a la abstracción de la memoria y dando a su página un ascético apartamiento del sexo. La sublimación es tan intensa que consume toda energía; el amor se agota todo en la interioridad del sentimiento y del pensamiento, en el apasionado y minucioso archivo de la persona amada. El amante está tan dedicado a catalogar, en la mente y en el corazón, los imperiosos rasgos de su Beatriz o a celebrarle vanamente, después de la muerte, los aniversarios, que no le queda la fuerza para amar realmente y desde cerca. Borges es el poeta del amor reprimido y callado, ajeno a lo físico y capaz sólo de transfiguración; sus melancólicos y puntillistas protocolos del corazón conocen la pérdida del enamoramiento, con su tierno encanto y la desconfiada mortificancia del que fantasea de lejos, e ignoran la totalidad del amor.

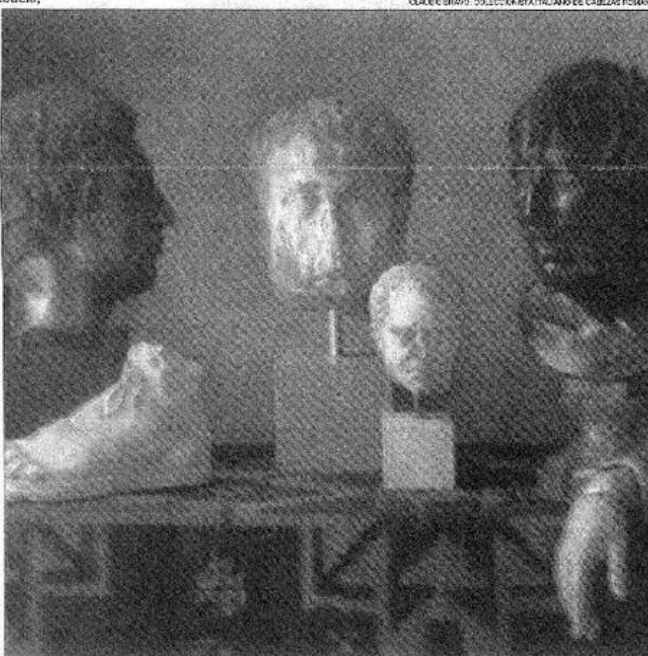
Su aversión a la procreación no es solamente la objeción del místico a la inútil multiplicación de las ilusorias apariencias individuales, sino que es también un rastro de la esterilidad que acecha a su obra. Sus dioses, ha dicho él, no le concedieron la expresión, que crea la vida, sino sólo la alusión, que la menciona de refilón. Su poesía dice la melancolía de esta fugitiva aproximación, "la inminencia de una revelación que no se produce", la espera desencantada de un secreto que se desvanecerá un instante antes de ser revelado. Borges es el poeta del momento que aún no se extiende en la duración, el poeta de la posibilidad no realizada; algunos de sus cuentos parecen el esbozo fulminante de un relato que aún no se ha escrito.

En esta potencialidad desilusionada él encarna el destino de la literatura, a la que ya no le es dado transmitir valores y contar historias íntegras en todo su significado. El evade esta crisis fingiéndose resaca de libros inexistentes, canalizando de modo descubierta su invención de nota bibliográfica y de glosa cruidita, para celar con el evidente abuso de la mixtificación la ausencia de la verdad. En esto consiste su modernidad, y no en la ostentación de un aparatoso patrimonio cultural, demasiado admirado y en realidad todo menos que profundo.

Gran poeta de la precariedad humana, Borges es un lector omnívoro pero no es un escritor culto; su erudición es un censo de elementos más acumulados que asimilados, es el repertorio imitativo del escritor colonial (así observa Cesare Acciari) que se apropia hasta de la hipérbole de la tradición de origen. Su arte discreto y esquivo, que confía en la lateralidad y en la reticencia, parece fácil pero es peligrosísimo imitarlo, como advierte Carmelo Samoná. Así como los de Kafka, también los émulo de Borges han terminado miserablemente, copiando las fáciles fórmulas geométricas de sus

laberínticas tramas y la superficial sugestión de sus comentarios apócrifos, pero perdiendo la dolorosa e irónica ambivalencia de su poesía, que enseña el extravío de la inteligencia en el enramado elemental del mundo. Es verdad que Borges mismo parece, en ocasiones, en algunas páginas repetitivas y en algunas salidas banalmente excéntricas de sus demasiadas entrevistas, de estos placiatos.

Borges vive de la renta de sí mismo, y a veces muy barato; autor de pocas altísimas páginas y de muchas cansadas repeticiones de las mismas, él sabe que esta multiplicación de sus escuizas palabras es ya, en muchos casos, un abuso, o la máscara de



VALERIO GRAYO. COLECCIÓN INSTITUTO ITALIANO DE ESTUDIOS FOMORNI

Borges o la revelación que nunca llega [artículo] Claudio Magris.

Libros y documentos

AUTORÍA

Magris, Claudio, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Borges o la revelación que nunca llega [artículo] Claudio Magris.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile